

¿Qué sé yo?

© del texto: Jaume Casals, 2018
© de la traducción: Enric Puig Punyet, 2018
© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.
Manila, 65 — 08034 Barcelona
www.arpaeditores.com

La traducción de esta obra ha sido posible
gracias a la colaboración del Institut Ramon Llull.

LLLL institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-16601-78-3
Depósito legal: B 1142-2018

Diseño de cubierta: Enric Jardí
Maquetación: Àngel Daniel
Impresión y encuadernación: Cayfosa
Impreso en España

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

Jaume Casals

¿Qué sé yo?

La filosofía de Michel de Montaigne

arpa ideas

SUMARIO

Nota inicial	9
Escribir para leer	
¿Un autor?	13
El ejercicio de pensarse a sí mismo	20
El «kantismo» estético de Montaigne	27
¿Estoicismo, escepticismo, epicureísmo?	39
Escribir para ser	
La noción de «fortuna»	83
La presunción y la esperanza	97
Escribir para limpiar	
La verdad y la naturaleza humana según Montaigne	107
Montaigne traductor de Sibiuda	120
Sobre el segundo grado de la <i>Apología</i>	130
La teología de Montaigne, o que Dios no existe en los <i>Ensayos</i>	144
Transición de la historia a la filosofía en el <i>Discurso sobre la servidumbre voluntaria</i>	156

Escribir para actuar	
La política de Montaigne. Montaigne y La Boétie	169
Sobre la doble raíz del principio de la servidumbre voluntaria	197
Escribir para viajar	
¿Qué es un viaje?	207
Incursiones de Montaigne en la metafísica	226
Escribir para pensar	
La pintura del yo y la idea de la «forma maestra»	245
La palabra del silencio	254
Escribir para morir	
La muerte de La Boétie	277
Amistad completa	285
Notas	295

Nota inicial

Este libro parte de una serie de textos publicados a lo largo de treinta años en libros y en revistas académicas. Agradezco a BSAM, Champion-Slatkine, Corpus, Ediciones UDP, Edicions 62, Garnier, *La Maleta de Portbou*, PPU, *Qüestions de vida cristiana*, *The Journal of Medieval and Renaissance Studies* y, en general, a todos los que han querido difundir a su manera mis lecturas de Montaigne que me permitan ahora recuperar esta labor prolongada en un libro que trata de conjuntarlas y de revitalizarlas en una inédita versión en castellano. La traducción de Enric Puig ha sido laboriosa a causa no solo de las dificultades del tema y de las mías propias, sino de la diversificación temporal y lingüística de los originales. Una reverencia a Enric y otra al cielo por este increíblemente legible resultado. Las traducciones de los fragmentos de los *Ensayos*, cuando no son nuestras, parten de la edición de Constantino Román Salamero (*Ensayos de Montaigne seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*, Casa Editorial Garnier Hermanos, París, 1912). También quiero agradecer profundamente a Mathilde Casals y a Joaquim Palau su contribución intelectual y material en la definición final del contenido de *¿Qué sé yo?*.

ESCRIBIR PARA LEER

Lectores empedernidos, lectores voraces, devoradores de libros, infinitos libros, libros sobre libros, libros de género, libros sin género, manuales, libros de consulta... Un océano libresco que debería desanimar a cualquiera de la tentación de añadir el suyo. Y, sin embargo, ¡qué grandes libros, qué vida más rica la del lector de ciertos grandes libros! Esto ya era así cien años después de la invención de la imprenta. Montaigne se retira a leer, disgustado de la vida pública en el Parlamento de Burdeos. Con la lectura como única tarea se motiva a la escritura: pero no quiere añadir un libro más a la tempestad de las palabras impresas. Si surge un libro, será algo único, absolutamente singular.

¿Un autor?

En una vieja edición que preparamos juntos de la *Apología de Ramón Sibiuda*, mi maestro Pere Lluís Font comenzaba su presentación con la siguiente frase: «Montaigne es el hombre de los *Ensayos*». Ahora que me propongo, no por primera vez, pero sí tras muchos años sin intentarlo, presentar de nuevo a los lectores no especialistas la figura de Michel de Montaigne, siento de repente la necesidad de utilizar esa frase.

Montaigne es el hombre de los *Ensayos*. Que un autor moderno sea el autor de su obra, por mucho plagio, glosa, revisión e imitación que pueda haber hoy en día en el terreno de la literatura, no parece una constatación de gran originalidad. La preocupación del propio Montaigne por el asunto («no hacemos otra cosa que entreglosarnos») tampoco justificaría mi interés por este comienzo. Pero, claro, la frase de Lluís no significa nada de esto. Señala más bien una relación peculiar de un autor con su obra, relación que se podría explicar a partir de tres proposiciones que voy a tratar de desarrollar más adelante y que constituyen en cierto modo, si no una presentación suficiente de Montaigne y de su obra, quizás la única presentación posible.

- 1) Montaigne no es un autor
- 2) Montaigne solo escribió los *Essays*
- 3) El libro se confunde con el autor

Montaigne no es un autor en el sentido de que nunca fue, según su propia expresión, un *faiseur de livres*. Nació en su propiedad, el castillo de Montaigne (*Montanha*, en occitano) en 1533 y murió también allí poco antes de cumplir los sesenta, en 1592. Quizás quedaría ya todo dicho recordando que dedicó a su libro los veinte últimos años de la vida. Pero vamos a entretenernos un poco más en una brevísima biografía.

Michel es el primero de una familia burguesa ennoblecida en tomar como nombre el toponímico. Su padre, Pierre Eyquem («el mejor padre que hubo jamás») llevó todavía el apellido de los comerciantes bordeleses de pescado y vino que le antecedían, pero se dedicó por entero a las armas. Participó en la campaña italiana de Francisco I y se prendó en aquellas tierras de la cultura del Renacimiento. Se casó con Antoinette López de Villanueva, de origen judío hispánico, con un apellido comprado algunas generaciones antes en Catalunya para disimulo marrano del de Paçagón. La madre y dos hermanos de Montaigne se convirtieron al protestantismo. La admiración de Pierre Eyquem por las humanidades le llevó a prohibir que nadie se dirigiera a su primogénito Michel en otra lengua que el latín, y le puso un instructor alemán para asegurar la calidad de la lengua «materna» del futuro Montaigne. Al ingresar a los siete años en el Collège de Guyenne, famosa institución gobernada por rancios humanistas, el joven Michel se queja de, entre otras aburridas rigideces, la corrupción y la pérdida vertiginosa de recursos clásicos de su latín virgiliano natural. Entra, pues, con mal pie

en la escuela, responsable no solo de alguna estupidez, sino de un paradójico maltrato del saber adquirido con ingenuidad. Se podría evocar que en el capítulo 24 del primer libro de los *Ensayos*, sobre la instrucción de los niños, acabará anteponiendo el viaje a la escuela como método de enseñanza.

Tras la experiencia infantil con la pedagogía de vanguardia, se sabe con poca certeza dónde, pero parece claro que el joven Montaigne se prepara en la universidad, quizás en Tolosa o en Burdeos, con el fin de exhibir la formación jurídica necesaria para ocupar un puesto, siguiendo el ejemplo paterno, primero en la Cour des Aides de Perigús y luego en el Parlamento de Burdeos. También viaja, saborea con cierta frecuencia las gracias de París y de sus habitantes. En el Parlamento de Burdeos, cumplidos ya los veinticinco, conoce a un colega, el poeta Étienne de La Boétie, algo mayor que él, que le retiene ante el camino del vicio y las pasiones. La Boétie, el precoz autor de uno de los grandes textos de la historia del pensamiento político: *Sobre la servidumbre voluntaria*. La legendaria amistad entre ambos es un hito en la historia de las ideas y una herramienta básica para la interpretación del sentido de los *Ensayos*. La Boétie muere de disentería pocos años más tarde, en 1563, a la edad gloriosa de treinta y tres años. Michel describe con todo detalle los últimos días y la agonía del amigo en una carta a Pierre Eyquem digna de la máxima atención para los interesados en la experiencia histórica de la muerte. El asunto «La Boétie» y el concepto de amistad y de política que conlleva se inyectan en el corazón del libro que Montaigne ni siquiera ha pensado en escribir. Dirá, más adelante, que su redacción imparable e infinita «mientras quede tinta y papel en el mundo» es un mal sucedáneo de la conversación en ausencia del amigo.

Esta muerte precede al matrimonio al uso, es decir des-
apasionado, con Françoise de la Chassaigne, de una familia
rica de parlamentarios bordeleses, en 1565. De él nacen seis
niñas, de las cuales solo sobrevive Léonor, la segunda. Tam-
bién en esta época comienza, a petición de su padre, la tra-
ducción de las mil páginas del *Liber creaturarum* de Sibiu-
da, labor sin duda mucho más ardua de lo que más tarde, en
la evocación inicial del capítulo de los *Ensayos* citado más
arriba, parece recordar. Está claro que la labor del traductor
de la llamada *Teología natural* va a dejar mella en la labor
del futuro escritor. A la muerte de Pierre Eyquem, en 1568,
Michel se convierte en propietario y señor de Montaigne, a
la vez que adopta el nombre del lugar y abandona definiti-
vamente el apellido familiar.

Poco tiempo después, en 1571, el mismo año del naci-
miento de Léonor y de su nombramiento como caballero de
la orden de San Miguel y gentilhombre ordinario de la cáma-
ra del rey, Montaigne, aparentemente cansado de sus labo-
res públicas, se retira a la famosa torre de su castillo (capilla
y dormitorio funcionales en las primeras plantas y bibliote-
ca circular en lo más alto). La torre es famosa por las sen-
tencias griegas y latinas grabadas en las bigas del techo de
la biblioteca y por ser la única parte que se conserva del cas-
tillo, destruido (y posteriormente reconstruido) por un in-
cendio en el siglo XVIII. Veremos más adelante que no es sin
embargo, como se ha dicho, una torre de marfil para un sa-
bio arquetípico. Retirado del mundo y al servicio de las mu-
sas, no está, ni mucho menos, claro todavía que Montaigne
esté pensando en escribir un libro de las características
de los *Ensayos*. Se trata simplemente del *otium cum litteris*
pertinente en el recién ordenado caballero. El libro se gesta
más como un acontecimiento que como un proyecto. Igual

que acontece, el año siguiente, la legendaria matanza de San Bartolomé, emblema terrible de la guerra civil (las llamadas «guerras de religión») que asola las tierras francesas justo durante los veinte años que dura la labor de Montaigne; la guerra que, como en tantos otros casos, cruza la casa dividiendo a los miembros de la familia; y la guerra que lame y corroe los cimientos de la torre.

Aunque luego analizaremos brevemente el tema de las capas redaccionales, la estructura de los *Essays* y las dificultades e infinitos debates aún hoy vigentes derivados de las distintas lecturas y distintas formas de editar el libro, no es este el lugar apropiado para confundir unos apuntes biográficos con un trabajo filológico. Digamos simplemente que la primera edición (libros I y II) de los *Essays* aparece publicada en Burdeos, en un formato más bien modesto, en 1580. En aquel momento, casi diez años después del inicio de su retiro, el autor ya ha descubierto en el devenir de su ejercicio la fórmula feliz explicada en la famosa nota al lector que encabeza la obra y da sentido al proyecto: la pintura del yo. Inmediatamente después, Montaigne inicia un viaje a Italia, pasando por Suiza y Alemania, con la idea de conocer los lugares míticos de la antigüedad romana y del Renacimiento y visitar al mismo tiempo los balnearios marcados en el itinerario. Aquejado ya desde tiempo atrás por cólicos nefríticos, Montaigne cabalga, se aloja y reside en una especie de exploración cívica y de indagación interior física y mental por estos caminos y ciudades durante más de un año. Y mantiene por suerte un diario de viaje formidable, una verdadera lupa historiográfica e idiosincrática, rigurosamente inédito hasta el descubrimiento del manuscrito en 1772, en un cofre del castillo. La prolongada estancia en Roma se ve truncada al enterarse de su elección como alcalde de Burdeos y, tras alguna

duda y la intervención por carta de Enrique III, su decisión es aceptar y regresar por vía expeditiva inmediatamente a casa.

En 1585, la peste que infesta Burdeos coincide con el fin de su mandato. Montaigne se queda de nuevo en su castillo para redactar el libro III de los *Ensayos* y añadirlo al resto de la obra en su segunda edición en París, esta sí más lujosa que las dos anteriores bordelesas y la tercera, ya parisina: «En casa, compro a los impresores; fuera, son ellos quienes me compran». Hasta su muerte, en 1592, Montaigne mantendrá una considerable actividad política y diplomática en el entorno tanto de Enrique III como en el de Enrique III de Navarra (futuro Enrique IV de Francia, el primer Borbón). Algunos han considerado a Montaigne como principal artífice del Edicto de Nantes y el fin de la guerra civil. Pero, sobre todo, trabajará con intensidad en la revisión, la corrección y la ampliación a base de *marginalia* de un ejemplar de esta edición de 1588: el famoso «ejemplar de Burdeos», conservado en la biblioteca municipal de la ciudad. En un momento indeterminado de la historia de dicha biblioteca, un conservador decidió encuadernar mejor el ejemplar y guillotinar los bordes repletos de manuscritos. Y aquí comienza la leyenda (y el negocio de las universidades y las editoriales de la francofonía contemporánea) llamada «cómo editar los *Ensayos* de Montaigne».

Volvamos ahora a nuestras tesis iniciales. Montaigne no es un autor porque es un gentilhombre, porque no es, como ya se ha dicho, un fabricante de libros: no es un gramático ni un geógrafo, ni un jurisconsulto ni un filósofo ni un teólogo. No es nada de esto ni pertenece a ningún gremio que se nos ocurra, sea del nivel y de la naturaleza que sea. Un caballero, y aún más un caballero como Michel Eyquem, que tenga solo «una o ninguna» generación aristocrática que le prece-

da, no debe hacer alarde de oficio alguno. Pero además, para romper con otro falso cliché, Montaigne no es tampoco de ninguna manera un «ensayista». Si hoy en día se utiliza esta palabra, o la palabra «ensayo», para designar algo así como un género literario es precisamente por haber triunfado el título elegido por Montaigne para su libro singular e irrepetible. Haber triunfado y haberse atrofiado al mismo tiempo como designación de una clase o categoría literaria. «Ensayos», por tanto, no significa en absoluto la apuesta de Montaigne por dicha clase de literatura que, desde luego, considerada en un sentido lato, le precede en cierto modo desde la historia del pensamiento antiguo. Es así por la simple razón de que en modo alguno la palabra «ensayo» se había utilizado con anterioridad para tratar de designar dicha clase literaria, heterogénea y difícilmente englobada bajo una sola idea. Un hermano de Francis Bacon, diplomático en Francia, se llevó a Inglaterra un ejemplar de los *Ensayos*. A Bacon le gustó la idea y escribió, aquí sí como título de un género en cierto modo contrapuesto a géneros del tipo *opus* o *tractatus* o *historia*, sus *Ensayos*. Este podría ser muy probablemente un esquema del verdadero nacimiento del género literario conocido como «ensayo».

El ejercicio de pensarse a sí mismo

Los *Ensayos* de Bacon son un conjunto de disquisiciones, redactadas libremente y sin adaptación previa a ningún método o estilo, sobre ciertos tópicos. Se trata de un conjunto de ensayos. Cada ensayo trata un tema: la verdad, la envidia, el amor, los estudios, la judicatura... Bacon trata de imitar a Montaigne, que hubiera podido perfectamente titular de esta manera algunos de los capítulos de su libro. Pero no tiene nada que ver. Los capítulos de los *Ensayos* de Montaigne no son ensayos sobre el tópico anunciado, aunque nuestros eruditos contemporáneos se expresen curiosamente de este modo al referirse a ellos. La libertad del autor es demasiado absoluta y sus objetivos demasiado orientados a una experiencia personal irreductible vinculada a la actividad misma de la escritura. En el sentido más profundo de la palabra, Montaigne es simplemente un poeta.

«Ensayos», en el sentido montañiano (atención a un plural que no admite singular), significa «pruebas», «tentativas», «experiencias». Y el libro es un libro volcado, no al conocimiento y la libre expresión de ciertas ideas o de ciertas cosas más o menos comunes, sino a un conocimiento extraordina-

riamente delicado y preciso del yo, en el cual lo especulativo y lo experimental se unen por la vía de impulsar y contrarrestar ambos instintos al mismo tiempo. Resulta ahora también evidente no solo que Montaigne no es un autor, sino también que su libro tiene que ser único. Nuestra segunda tesis, tesis de Perogrullo, era «Montaigne únicamente escribió los *Essays*». Pero, ya que se trata de un autor que no es un autor, sería mejor decir, a la manera de Pere Lluís, no que Montaigne es el autor de una única obra, sino que es el hombre de los ensayos, que el nombre Montaigne y el título del libro vienen a confundirse en una sola realidad, una realidad en construcción y en movimiento. *Montaigne en mouvement* es el título significativamente elegido por Jean Starobinski para su colección de estudios sobre la materia. «Y cuando nadie me lea», escribe Montaigne en el capítulo sobre «El desmentir», «¿habré perdido el tiempo entretenido durante tantas horas ociosas en pensamientos tan útiles y agradables? Moldeando sobre mí esta figura, he tenido con tanta frecuencia necesidad de levantar y componer para extraerme, que en cierto modo el patrón se ha reforzado y formado a sí mismo. Pintándome para otros, me he pintado a mí con colores más nítidos de lo que eran mis primeros colores. Yo no he hecho a mi libro en mayor medida que mi libro me ha hecho, libro consustancial a su autor, de una ocupación propia, miembro de la vida; no de una ocupación y finalidad secundarias y ajenas, como todos los otros libros». Es evidente que la historia de la literatura ha tomado este texto como una bella metáfora. A mi juicio, para entrar seriamente en la lectura de los *Essays*, debería entenderse lo que dice al pie de la letra.

Apenas se podrá profundizar aquí en el estilo de Montaigne y en la escritura del libro, en las consecuencias de orden técnico que naturalmente surgen a borbotones de la fuen-

te de la pintura del yo. Tiene que quedar claro, sin embargo, que, siendo esencial el asunto de la elaboración del yo, es lógico que en los variadísimos estudios montanianos tal asunto interpele a los distintos yoes que se han ido consagrando a ellos. «Cómo editar» o «cómo leer» o «cómo estudiar», toda la serie de cuestiones de base sobre el modo de aproximarse a los *Essays* remite con toda naturalidad a una evidencia: el yo de Montaigne y el de sus lectores se designa con la misma palabra, todos pretenden mirarse en el mismo espejo, o sienten la tentación de pensar que es espejo el retrato que cada uno ha querido pintar de sí mismo. De modo que el caldo suele servirse repleto de los sabores predilectos de cada cocinero. El lema de Montaigne es dar espacio a la interrogación (la medalla que encarga con una divisa pirrónica, *epékhô*, «suspendo», y una balanza, la traduce mejor por escrito, dice, mediante la proverbial pregunta *que sais-je?*). Las tentativas, las experiencias, los ensayos tratan precisamente de mantener vivo el trabajo intelectual para evitar o modular el desarrollo excesivo de las creencias y las ideas que dominan al pensamiento y desencadenan la estupidez y la barbarie, patentes, por ejemplo, en las disputas teológicas de las guerras de religión, pero que infestan también la cotidianidad. Al mismo tiempo, es obvio que la lectura de Montaigne comporta una incesante invitación a encontrar en su texto las coincidencias íntimas, las convicciones y las preferencias del lector. Nada más claro y, al mismo tiempo, nada más paradójico.

No nos sorprenda, entonces, que, en 1595, tres años después de la muerte de Montaigne, sus amigos Pierre de Brach y, muy particularmente, Marie de Gournay (la *fille d'alliance*) inauguren la enorme polémica editorial ya mencionada, no solo por razón de criterios técnicos, sino por su indiscutible implicación en el terreno puramente ideológico. La edición

póstuma de 1595 de los *Ensayos* recoge el trabajo ya descrito de los últimos años de vida del autor y sirve de base a la mayoría de las ediciones posteriores del libro, hasta la «Edición Municipal», en 1906, que retoma como fuente el «Ejemplar de Burdeos» y se convierte en referencia de todas las ediciones del siglo xx. Nos hemos referido a la destrucción de los márgenes de dicho ejemplar. De modo que la edición de 1595 es también necesaria para reproducir el contenido seccionado del «Ejemplar de Burdeos». La tesis de los autores de la «Edición Municipal», Fortunat Strowski, François Gebelin y Pierre Villey, pone un énfasis considerable en la evolución intelectual de Montaigne a lo largo de los veinte años de la redacción del libro y, por tanto, la necesidad de publicarlo marcando las distintas capas redaccionales. Se trata de distinguir entre una época más o menos estoica y literalmente más sobria y falta de recursos, una crisis escéptica, el descubrimiento de la pintura del yo y de cierto naturalismo epicúreo, con un crecimiento de la audacia y las habilidades literarias, tras el viaje a Italia, y, finalmente, sin conceptualización filosófica determinada, los últimos años de revisión y trabajo menudo sobre el libro. Pero la tesis de Strowski y Villey también supone una sensible modificación de estilo e ideológica del texto del ejemplar de Burdeos por parte de Gournay, que no gusta del desenfado verbal de su «padre adoptivo». Recientemente, los autores de la última edición de los *Ensayos* de la prestigiosa colección La Pléiade de Gallimard, que retoma como fuente fidedigna la edición Gournay de 1595, se han esforzado e incluso en ocasiones desgañitado tratando de demostrar que el verdadero Montaigne, el Montaigne de las últimas voluntades, es literalmente el de esta edición que el gran Pierre Villey, autor del monumental estudio *Les sources et l'évolution des Essais de Montaigne*, conside-

raba retocada y edulcorada por manos ajenas. Desde luego este debate en su conjunto no está ni mucho menos libre de la determinación que las preferencias personales de los académicos practican sobre la obra, que nos llevaría sin mucho esfuerzo del Montaigne naturalista y descreído admirado y a la vez denostado por Pascal y simplemente admirado por los ilustrados al Montaigne beato conservador e intolerante, pendiente de la teología católica y modelo de rigor intelectual y religioso que se ha puesto ridículamente de moda en los círculos académicos actuales.

Entre el cortocircuito hermenéutico y la mera erudición, que se funden con frecuencia en los estudiosos del tema, luce con fulgor el fenómeno Antoine Compagnon, que el verano 2015 vendió ya cerca de cien mil ejemplares de la transcripción de sus intervenciones en France Inter del verano anterior: *Un été avec Montaigne*. Compagnon comenta cuarenta fragmentos relevantes de los *Ensayos*, con una gran sencillez, tratando de descifrar el sentido elemental de dichos fragmentos y, al mismo tiempo, expresando su complejidad y sus matices. La capacidad de mantenerse en este registro simple explica el éxito clamoroso de una obra genéticamente limitada a la francofonía, puesto que el juego solo tiene sentido en la medida en que la vivacidad y a la vez las pequeñas dificultades lingüísticas del texto en francés antiguo explotan luminosos como reacción a los toques delicados del flamante nuevo profesor del Collège de France. Compagnon es un *polytechnicien* convertido con pulcritud a las letras, discípulo en sus orígenes, a pesar de la poca diferencia de edad, de Jean-Yves Pouilloux. Este último, también durante estas fechas, en este caso no por radio, sino por la cadena de televisión Arte y por Facebook, acaba de ser entronizado como verdadero y al fin y al cabo único *maître penseur* del montanismo contemporáneo.

Durante muchos años me he interesado por los excelentes trabajos sobre Montaigne del ya citado Pierre Villey y los no menos excelentes de Hugo Friedrich, Richard Sayce, Jean Starobinski, Donald Frame, André Tournon, Claude Blum, Fausta Garavini, Terence Cave y Sandro Mancini. Cito estos nombres, no para excluir a nadie, pero sí para no orillar mi evidentemente discutible declaración de preferencias en el océano desbridado de la literatura secundaria sobre el tema. Como una especie de destino, sin embargo, mi favorito sigue siendo *Lire les Essais de Montaigne*, el pequeño estudio predoctoral de Pouilloux, publicado en 1969 por la legendaria librería editorial François Maspero. Por otro lado, Marcel Tetel, buen amigo italianista y romanista, ya difunto, profesor en Duke, me hizo notar delicadamente no recuerdo exactamente cuándo la existencia del jurista, banquero y poeta milanés adoptivo, famoso miembro de la resistencia antifascista, Giorgio Solmi, y de su *La salute di Montaigne*, publicado por primera vez en 1942. Añadido a estos favoritos un tercer texto, todavía más escuálido: la «Lecture de Montaigne» que Maurice Merleau-Ponty publicó en 1960 en *Signes*.

Conviene evitar la indecencia de no revelar la naturaleza de las muletas que nos ayudan a caminar por nuestra senda. La mía discurre por la salud mental que se desprende de los *Essays*, que intentaría describir en términos de precaución ideológica, apertura a la vida y capacidad de supervivencia en el desorden. «Precaución ideológica» significa únicamente mantener la atención para no dejarse arrastrar más allá de lo razonable por la inercia de nuestras ideas, que suelen llevar, cuando uno se abandona a ellas, a los parajes más horribles de la historia de la humanidad. Vivir al servicio de las ideas es, desde luego, contra algunos hábitos verbales de profundas raíces, una expresión absurda y un mérito detes-

table. «Apertura a la vida» significa que, de entrada, la vida tiende a colocarse al otro lado y que una vida sana (la salud de Montaigne) supone, por lo tanto, un trabajo de ruptura con lo aparentemente inmediato, una labor delicada de atención al presente. «Capacidad de supervivencia en el desorden» significa que el texto de Montaigne (consustancial, miembro de la vida, etc.) no se resuelve descodificándolo en una lectura que, como en una novela negra, convierta el desorden aparente en el verdadero orden que este ocultaba. La pregunta «¿cómo leer los *Ensayos* de Montaigne?» no se responde a la manera tradicional de los estudiosos que, de algún modo, han ido apareciendo a lo largo de estas notas; no viene a cuento pretender huir del malestar lector por la vía de reconocer tras la hojarasca literaria las propias y previas convicciones. Luego, suspirar de alivio. Y, en cambio, esto es lo que en definitiva hicieron casi todos. Si hubiera progreso moral en el mundo, por supuesto no estaría aquí.

No deben quedar ya muchas dudas de que durante los últimos años Montaigne ha comparecido con un atractivo muy superior, para un público culto en un sentido amplio, en el primer plano de la filosofía y la literatura. Tampoco me corresponde explicar por qué y sería demasiado fácil recurrir a la noción de una lectura para los tiempos de crisis y de cambio inminente. Pero creo que los *Ensayos* vienen a cumplir, como ningún texto que yo conozca, con lo que parece señalar Nietzsche al final del prefacio de la *Genealogía de la moral*: «Para ejercitar esta forma de lectura como *arte*, hace falta sobre todo aquello que hoy en día se ha olvidado más [...], hace falta aquello que casi exige ser una vaca y *no* un «hombre moderno»: *rumiar*». No solemos escatimar esfuerzos para tratar de evitar la dura labor del pensamiento. Montaigne nos lo recuerda.